

RAÚL ORNELAS*

CONTRAHEGEMONÍAS Y EMANCIPACIONES

APUNTES PARA UN INICIO DE DEBATE

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca> - biblioteca@clacso.edu.ar

Para Jaime, Lilia, Gloria, David, Vanesa y los demás.
A Cayena del Mar, mi Virgilio bogotano

El límite de la emancipación política se manifiesta inmediatamente en el hecho de que el Estado pueda liberarse de un límite sin que el hombre se libere realmente de él, en que el Estado pueda ser un Estado Libre sin que el hombre sea un hombre libre. El Estado político acabado es, por su esencia, la vida genérica del hombre por oposición a su vida material... Allí en donde el Estado político ha alcanzado su verdadero desarrollo, lleva el hombre, no sólo en el pensamiento, en la conciencia, sino en la realidad, en la vida, una doble vida, una celestial y otra terrenal, la vida en la comunidad política, en la que se considera como ser colectivo, y la vida en la sociedad civil, en la que actúa como particular; considera a los otros hombres como medios, se degrada a sí mismo como medio y se convierte en juguete de poderes extraños.

Karl Marx, *Sobre la cuestión judía*, 1843

LA HISTORIA NO PERDONARÁ ninguna certeza: es con esa disposición que proponemos abordar la discusión acerca de contrahegemonías y emancipaciones. Pocas ideas están tan arraigadas en el pensamiento crítico

*Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, México.

como la certeza respecto a los modos que deberá adoptar la transformación social. Por ello, resulta muy difícil entablar cualquier debate en ese terreno, puesto que las posturas en liza se plantean como irreductibles o al menos como mutuamente excluyentes.

Las discusiones en nuestro Grupo de Trabajo han transitado desde el estudio de la economía mundial hacia el análisis de la hegemonía y las resistencias sociales. Recientemente, hemos introducido a la discusión la idea de las emancipaciones, entendida como el horizonte de largo plazo de las luchas sociales. A diferencia de las discusiones en torno a la economía mundial y a la hegemonía, no hemos podido establecer un terreno común que nos permita debatir en torno a los significados de las contrahegemonías y las emancipaciones, así como de las relaciones que tienen entre sí.

Este trabajo busca ofrecer algunos elementos para establecer ese terreno común. Para ello, retomamos diversos trabajos de miembros de nuestro grupo (Sader, Ceceña, Holloway, Bartra, García, entre otros), sin dejar de lado las contribuciones de otros compañeros como Atilio Boron y Raúl Zibechi. En este primer acercamiento, presentamos los argumentos que sustentan ambas ideas así como los cuestionamientos comunes y divergentes que constituyen el núcleo del debate; la parte final del trabajo propone algunas reflexiones prospectivas acerca de las eventuales evoluciones de la transformación social.

LA PERTINENCIA DEL DEBATE

La discusión acerca de los horizontes de la lucha social no es una cuestión académica o, a lo sumo, teórica. La experiencia histórica de la lucha social, y muy especialmente, la historia de los procesos revolucionarios, nos muestran que los puntos de referencia que proporcionan ideas-fuerza para orientar la lucha y la transformación social, tienen una importancia capital. Si bien es cierto que son los trabajadores y sus organizaciones quienes se constituyen en sujeto de la transformación social a través de sus luchas, lo que llamamos puntos de referencia (que han sido organizaciones, pero también periódicos, clubes, y más recientemente grupos de intelectuales) ha llegado a hacer aportes cualitativos en tanto contribuyen a formular los análisis y las estrategias adecuados al momento histórico, teniendo en cuenta las realidades del sujeto transformador. Hoy día, por ejemplo, podemos constatar los aportes de CLACSO en los debates y en los trabajos de los Foros Sociales.

En ese sentido, pensamos que es muy importante fortalecer el debate acerca de los horizontes de la lucha social. Ello cobra mayor relevancia si, como afirma Perry Anderson refiriéndose a la realidad social latinoamericana, “Aquí y solamente aquí, la resistencia al neoliberalismo y al neo-imperialismo conjuga lo cultural con lo social y

nacional. Es decir, comporta una visión emergente de otro tipo de organización de la sociedad, y otro modelo de relaciones entre los estados en base a estas tres dimensiones diferentes” (2004: 44).

El ascenso de las luchas sociales y las experiencias de los gobiernos que se reivindican de izquierda son una realidad diversa y contradictoria que invita a innovar en nuestras reflexiones y contribuir, así sea modestamente, a imaginar nuevas vías para la transformación social de nuestros países. Una transformación que constituye el anhelo declarado de movimientos y ciudadanías de toda América Latina pero que parece estancada en un ciclo que va del ascenso de las movilizaciones sociales hasta lograr el cambio de las fuerzas en el gobierno... para que todo siga más o menos igual. Este aparente estancamiento es una primera razón para reflexionar acerca de las maneras en que los actores sociales impulsan lo que generalmente se conoce como proyectos contrahegemónicos.

Otro aspecto que nos invita a debatir estas cuestiones es la escasa apertura a debatir fuera de las posturas académicas y políticas que podemos caracterizar como el paradigma marxista leninista, el cual tiene gran influencia en la izquierda y en el pensamiento crítico latinoamericanos. Así, podemos constatar que posturas como las de Negri y Hardt o, en un sentido distinto pero igualmente fuera de la ortodoxia latinoamericana, las reflexiones de Holloway, han sido, más que discutidas, descalificadas por buena parte de los intelectuales más conocidos en nuestra región (González Casanova, Boron). En el contexto de tensiones sociales crecientes (mundiales y regionales), pensamos que el actual es un momento privilegiado para impulsar una discusión profunda sobre las estrategias de transformación social, partiendo de las realidades y las propuestas de los actores sociales latinoamericanos.

Finalmente, pensamos que otra razón que hace urgente este debate es que a quince años de la caída del muro de Berlín, estamos en un escenario donde es posible y necesario regresar la vista a las revoluciones del pasado, para retomar experiencias y discusiones que enriquezcan las luchas sociales de nuestro tiempo. Viendo los resultados de esas experiencias históricas resulta urgente realizar ese análisis retrospectivo, especialmente frente a las dificultades gigantescas y los callejones sin salida aparente que enfrenta actualmente el proceso cubano, que ha sido la referencia central en nuestro continente.

DOS TELONES DE FONDO

A la luz de estas primeras discusiones sobre las relaciones entre contrahegemonías y emancipaciones, pensamos que es necesario aclarar dos falsos debates.

En primer lugar, es preciso establecer que la consideración del Estado, en tanto encarnación de la hegemonía, está presente en ambas

reflexiones. Así, más que tomar en cuenta o no al Estado, contrahegemonías y emancipaciones proponen maneras diferentes de enfrentar y de relacionarse con el Estado.

En segundo lugar, queremos subrayar el carácter híbrido de las experiencias sociales en curso en América Latina. Algunos autores han querido establecer una tipología excluyente donde ciertos actores serían las encarnaciones de una u otra idea (sobre todo con relación al zapatismo, al que se empeñan en hacer aparecer como un movimiento que no toma en cuenta los poderes dominantes), cuando en realidad en casi todas las grandes luchas sociales que se desarrollan actualmente podemos reconocer ambas búsquedas: en efecto, tanto en el MST de Brasil, como en los movimientos indígenas de Bolivia, Ecuador, y entre los zapatistas mexicanos, podemos constatar el surgimiento de propuestas, reflexiones e iniciativas que buscan desarrollar procesos contrahegemónicos y emancipatorios. En ese mismo sentido, partimos de subrayar la idea que compartimos en el grupo acerca del carácter de los movimientos actuales como movimientos sociales y políticos, si bien sus formas de hacer política son diferentes a las formas predominantes (política institucional).

En tanto nuestro análisis busca contrastar prácticas y definiciones de los actores sociales, es necesario subrayar el peligro de caer en una “taxonomía” de las luchas sociales, donde las características de los procesos, aisladas de su contexto histórico y de las contradicciones en la construcción de sujetos sociales contestatarios, se convierten en una clasificación que permite calificar o descalificar: debemos prevenirnos, desde el inicio de nuestro análisis, contra la tendencia a esencializar el debate que subyace en las ideas de contrahegemonía y emancipación. El reto que enfrentamos es el de superar las actitudes descalificadoras y entablar un debate real que nos permita contribuir en la elaboración de nuevas rutas para las luchas sociales latinoamericanas, partiendo de que contrahegemonía y emancipación tienen puntos en común, y abordando con claridad los límites de ambas así como las contradicciones y tensiones que guardan entre sí.

CONTEXTO DEL DEBATE

En este apartado presentamos algunos rasgos del contexto actual que nos permiten situar la discusión. En términos generales, se constata que la dominación capitalista ha alcanzado un desarrollo muy alto, el cual se expresa en la tendencia a convertir todo el planeta (naturaleza, relaciones y actividades sociales) en mercancías, así como por la ausencia de alternativas de ruptura viables en la actualidad.

Los argumentos que a continuación detallamos¹ esbozan los aspectos del contexto actual que inciden directamente en la búsqueda de vías de transformación social.

CARACTERIZACIÓN DE LA HEGEMONÍA

Se argumenta la vigencia y solidez de la hegemonía estadounidense. A las visiones que plantean el declive de esta hegemonía, se contraponen dos razonamientos.

El primero es el de la correlación de fuerzas: si las debilidades del hegemon son reales, ello debe contrastarse no con el lugar que ocupaba Estados Unidos al final de la segunda guerra mundial, sino con las fuerzas rivales actualmente existentes. Desde ese punto de vista es evidente que ningún rival capitaliza las debilidades del hegemon, por lo que vivimos una situación de unipolaridad: “*Ao enfraquecimento da capacidade hegemônica norte-americana se corresponde não o fortalecimento de outro pólo, mas um aumento da desordem mundial*” (Sader, 2004b: 20).

El segundo argumento refiere el carácter multidimensional de la hegemonía, de suerte que si en el terreno económico se constatan retrocesos significativos de la economía estadounidense, es preciso tomar en cuenta su predominio absoluto en la esfera militar y muy especialmente en lo que concierne a la esfera cultural: el modo de vida estadounidense es el paradigma mundial de la socialidad, sin otro rival que no sea el poco atractivo fundamentalismo islámico.

NUEVO TERRENO DE LA LUCHA DE CLASES

El desarrollo alcanzado por la hegemonía capitalista, particularmente en el vértice en que se combinan las nuevas tecnologías con la ausencia de una alternativa no capitalista a dicha hegemonía, ha implicado un desplazamiento de las fronteras del conflicto social. En tanto los capitales tienden a desbordar los límites de la naturaleza (mediante la ingeniería genética) y los del planeta mismo (con las actividades de exploración espacial), el sustrato de los conflictos sociales transita desde los espacios de la explotación (el mercado, la fábrica) y de la política hacia el territorio; el conflicto social se expande al conjunto de las esferas de la vida social y tiende a expresarse en su mayor agudeza en aquellas que constituyen el sustrato de la vida: las comunidades, sus condiciones de existencia y sus espacios geográficos y simbólicos (Ceceña, 2004c).

¹ Estos argumentos provienen en lo fundamental de Sader (2004a y 2004b) y de Ceceña (2004a).

La transformación de la hegemonía capitalista implica cambios profundos en las formas que asume el conflicto social, puesto que las mediaciones que la lucha de clases construyó desde la revolución industrial tienden a desaparecer, especialmente en lo que toca al estado social y a las condiciones de vida y de trabajo de las poblaciones. En este periodo, los conflictos se presentan como irreductibles tanto por parte del poder como por parte de los sujetos que resisten a este. Así, al tiempo que la resistencia adquiere formas y estrategias más radicales, la represión deviene el recurso cada vez más frecuente del poder.

En el mismo sentido podemos hablar de una tendencia a la polarización política creciente: en efecto, las nuevas formas de dominación dejan poco espacio a las oposiciones de tipo socialdemócrata, en tanto estas buscan refuncionalizar una forma de capitalismo que ha dejado de existir.

Es en este marco que Ceceña (2004a) habla de militarización de la vida social, de contrainsurgencia sistémica y de difuminación de los espacios de disciplinamiento en el conjunto de la sociedad, como las respuestas típicas de los sujetos hegemónicos.

Si la hegemonía se acentúa, el nivel de exclusión creado por el capitalismo contemporáneo tiende a hacerla más frágil: de hecho entramos en un periodo de insurrección latente. En tanto la disputa es por la vida y por el territorio, las nuevas formas de conflicto social adquieren paulatinamente la forma de resistencias sociales con horizonte anti-capitalista.

El abordar la fragilidad de la hegemonía nos permite mostrar la fuerza de la resistencia, de las luchas sociales. Para autores como Holloway y Zibechi, la agresividad creciente del capital manifiesta su debilidad ante la exclusión y la lucha social. En el mismo sentido, Ceceña argumenta que el principal límite del capitalismo son las luchas sociales, puesto que desde el punto de vista tecnológico ya cuenta con los recursos para obtener grandes ganancias y acentuar su dominación.

Esta reflexión complementa la visión de la hegemonía como relación y construcción social. Es preciso enfatizar esta vertiente para no quedar atrapados en la sola consideración de la fuerza y la solidez de la hegemonía contemporánea.

De igual modo, los procesos de *insurrección e insurgencia* sociales (Pineda, 2004) constituyen momentos que perfilan posibilidades de ruptura con el capitalismo, posibilidades que desde la normalidad de la lucha no es posible observar.

En los trabajos del grupo se coincide, en síntesis, en que no habrá salida de la forma actual de dominación, llamada neoliberalismo por algunos, sin una ruptura real y profunda con la situación imperante.

LÍNEAS DE DISCUSIÓN

A partir de ese contexto proponemos las siguientes líneas de discusión para el debate acerca de contrahegemonías y emancipaciones. De forma muy esquemática, se ha formulado que la contrahegemonía busca construir un poder alternativo en tanto que la emancipación busca acabar con las relaciones de poder. Como veremos, estas caracterizaciones son insuficientes ante la complejidad de los procesos de lucha social.

La primera línea de discusión concierne a las características del sujeto social de la transformación. La contrahegemonía apunta a la creación de un sujeto social que confronte exitosamente al poder establecido, un sujeto multiforme que debe construir una expresión política, unitaria, y plantear una alternativa general, tanto en los temas sustantivos de la agenda nacional como en el nivel territorial, en el que se aspira a crear una fuerza que actúe en toda la nación.

El proceso de construcción del sujeto sigue las líneas generales planteadas por Gramsci respecto de la disputa por la hegemonía. No se trata simplemente de tomar el poder del Estado de los dominadores, sino de construir desde la sociedad civil las bases de una nueva sociedad y de un nuevo Estado, al tiempo que se destruye la hegemonía de la burguesía: en ese sentido, la cuestión de la toma del poder no es vista como el punto de partida de la transformación social².

En el proceso de las luchas sociales, los combates parciales y corporativos, encuentran un cauce general en la acción de la organización política; en ese sentido, la lógica gramsciana de la guerra de posiciones, es decir, la creación paulatina de una nueva visión del mundo que sea aceptada como nuevo sentido de verdad, es esencial en los horizontes y ritmos de la construcción del sujeto de la transformación. Para los autores que defienden la necesidad de desarrollar un proyecto contrahegemónico existe una continuidad entre la Comuna de París, las experiencias revolucionarias (rusa, china, vietnamita, cubana, centroamericanas) y los intentos por democratizar el capitalismo (por ejemplo la Unidad Popular en Chile), en tanto realizaron intentos por crear nuevas visiones del mundo que abarcaran al conjunto de sus sociedades.

Anotemos que existen algunas versiones de este argumento que reivindican la vigencia de la dinámica leninista de la organización, de

2 En este aspecto debemos preveniros de las interpretaciones que Boron (2004) ha llamado las caricaturas de Gramsci y Lenin, las cuales han reducido las teorizaciones del cambio revolucionario a la táctica del golpe de estado, pensando que el poder es una cosa y el Estado un instrumento.

tal modo que la construcción del partido, en tanto organismo especializado en la estrategia y en la dirección políticas, es fundamental para el proceso contrahegemónico³.

Desde la perspectiva de la emancipación el sujeto que se construye es también múltiple pero caracterizado por la diversidad y anclado más en la sociedad civil (o si se prefiere, en las luchas populares) que en la esfera política. La diferencia esencial con el proyecto contrahegemónico es que la emancipación privilegia, pone el énfasis en la recuperación del control de la reproducción del sujeto transformador. Por encima de cualquier otro objetivo, el proyecto emancipador parte de enfrentar las dependencias y opresiones que viven cotidianamente los individuos y sus comunidades. Para ello, encara un aspecto esencial de la dominación capitalista: la destrucción de la comunidad.

En efecto, la construcción de lazos comunitarios o la defensa de la existencia de las comunidades es el proceso constituyente del sujeto transformador: la comunidad es espacio y vehículo del proyecto emancipador⁴. En ese sentido, la afirmación de la diferencia como proceso constituyente del sujeto de la emancipación, se proyecta como aspiración de superar las separaciones que caracterizan la vida social en el capitalismo: por ello la lucha debe abarcar el conjunto de las prácticas y de los espacios sociales⁵.

Volcadas hacia su interior, estas comunidades emprenden, además de las tareas políticas, un esfuerzo de sobrevivencia que significa ante todo ocupación y resignificación del territorio; los esfuerzos de las comunidades en lucha se dirigen a lograr la satisfacción de las necesidades básicas, alimentación, salud y educación, sin olvidar la autodefensa como condición elemental de existencia de los sujetos que resisten al poder.

Lo esencial de la actividad política dentro del proyecto emancipador refiere al constante y dinámico proceso de autoafirmación. Como

3 Ceceña (2004c: 303-305) discute las versiones más ortodoxas acerca del sujeto revolucionario que parten de considerar la clase como posición en la producción y que circunscriben la construcción del sujeto a las relaciones de explotación.

4 Así lo expresa un miembro del MTD de Solano: "Nosotros creemos que la manera de solucionar un problema social como el que vive hoy Latinoamérica sólo podrá ser construyendo una nueva sociedad, día a día, en el trabajo cotidiano, en la creación de nuevas relaciones sociales entre compañeros. Tratando de revivir viejos valores que han desaparecido bajo la perversión del sistema capitalista, como la solidaridad, el humanismo. Creemos que la sociedad va a cambiar a medida que retomemos esos valores" (Gilio, 2002).

5 "La conformación específica del proletariado, entendido como el colectivo diverso antagónico al capital (Holloway, 1997), y, por tanto, de los espacios de construcción de alternativas revolucionarias, provienen de la confluencia histórica de todas las dimensiones en que se desarrolla la vida en sociedad en un lugar y tiempo determinados" (Ceceña, 2004c: 304).

producto de la exclusión y de la sobreexplotación crecientes, la afirmación de la diferencia es el modo “espontáneo” de construcción de los sujetos (Zibechi, 2004b; Ceceña, 2004c): el proyecto emancipador tiene una de sus raíces en la dilución y casi inexistencia de la esfera política tradicional, de suerte que el contexto inmediato es de abandono por parte del Estado, de ausencia por parte del capital, de falta de expectativas y de represión como principal expresión estatal frente a los marginados. Por ello, y a diferencia de los proyectos contrahegemónicos, lo que se prioriza no es la construcción de ideas totalizantes que abarquen al conjunto de la sociedad sino la subversión de las culturas políticas predominantes (las de los dominadores y las de las izquierdas) en torno al eje de unidad en la diversidad.

Las numerosas formas que toma la autoafirmación (*mirar hacia adentro, caminar al paso del más lento, vamos a llegar más tarde pero todos juntos*) llevan aparejado uno de los rasgos más novedosos y controvertidos del proyecto emancipador: la incertidumbre acerca de los dilemas que plantean el poder y la dominación. La afirmación primera de romper con las dominaciones y dependencias inmediatas es drástica y clara (debido en gran parte a que es en principio un gesto de sobrevivencia), pero el devenir de la lucha aparece azaroso, indeterminado, y solo cuenta con guías muy generales, como son la búsqueda de la transparencia en las relaciones dentro y entre las organizaciones, la coherencia entre discurso y la práctica, la búsqueda de la horizontalidad y el rechazo a las instancias y a los métodos de representación tradicionales (democracia parlamentaria, organizaciones sociales jerarquizadas, lógica de la eficiencia)⁶. En suma, se trata de un método y no de un programa o de una estrategia política.

Una segunda línea de discusión concierne al problema del Estado. Para el proyecto contrahegemónico, el Estado es uno de los espacios fundamentales de cualquier estrategia política. En consonancia con las herencias marxistas (leninistas y gramscianas, también), se plantea que la superación de la dominación pasa necesariamente por la destrucción del aparato estatal y la construcción de otro Estado. Entre los principa-

6 En palabras de un miembro del MTD de Solano: “No teorizamos sobre si hacemos esto, o esto otro el día de mañana... No, lo que nosotros decimos es que si hoy no empezamos a cambiar esta realidad tratando de generar un hombre solidario, capaz de entregar la vida y ser comunitario vamos a quedar donde estamos. No necesitamos documentos políticos ni previsiones teóricas sobre posibles cambios. El problema para nosotros es hoy. Mañana veremos. El problema lo tenemos hoy. Es hoy que debemos tratar de entretejer las leyes sociales que destruyó el capitalismo. El desafío es eso, trabajar con quienes tenés al lado. Y no hay bibliotecas, Marx, Mao o Foucault que sin este trabajo concreto nos salven” (Gilio, 2002).

les argumentos que explican la centralidad del Estado en la transformación social podemos enunciar⁷:

- La inevitabilidad de la violencia al acentuarse el conflicto social. La violencia es resultado de la insubordinación de las clases subalternas y es el recurso por excelencia de los dominadores para contener dicha insubordinación. El Estado es un espacio fundamental en tanto concentra los recursos represivos a disposición de los grupos dominantes. Asimismo, la construcción de otro orden social demandaría la acción militar y represiva por parte del nuevo Estado, en contra de las fuerzas reaccionarias nacionales y extranjeras.
- El Estado es el espacio de síntesis del conflicto social. Dada la atomización social que caracteriza al capitalismo, el Estado juega el papel crucial de sintetizar las relaciones sociales que entablan agentes individualizados. Tanto en la esfera económica, como en la política e incluso en la esfera de lo social, el Estado organiza, media las relaciones sociales, es el “factor final de cohesión de una sociedad estructuralmente dividida en clases” (Boron, 2004a). En relación con el proyecto contrahegemónico, la construcción de otro orden social solo puede darse a través del Estado pues este conecta y unifica actores que de otro modo se mantendrían dispersos. En tanto poder concentrado, el Estado es un espacio fundamental para la hegemonía, y, simétricamente, puede ser un factor fundamental para impulsar transformaciones: “los Estados son importantes para afirmar los derechos expropiados de la gente: ¿quiénes pueden rescatar políticas universales de educación, de salud, de sanidad, de habitación, si no los Estados? Estados democratizados con presupuestos participativos” (Sader, 2004a). En ese sentido, se argumenta que el nuevo Estado puede jugar un papel fundamental en la formulación de nuevos sentidos de verdad, de un nuevo imaginario hegemónico que encarne las aspiraciones de los sujetos transformadores, así como en la constitución de dispositivos (legales, institucionales) que pongan en práctica las transformaciones requeridas por los sujetos devenidos hegemónicos.
- Existe una dimensión pragmática de la discusión, la cual invoca las *realidades* político-sociales de nuestros países para apuntalar la importancia de actuar en el terreno de la política institucional⁸. Aún reconociendo las grandes contradicciones que enfrentan partidos y fuerzas políticas en ese terreno, se subraya el hecho que la política

7 Boron (2004a) y Sader (2004a) ofrecen argumentaciones sistemáticas sobre este tema.

8 Postura sólidamente argumentada por Bartra (2004a y 2004b) y Sader (2004a).

institucional es crucial para abrir camino al proyecto contrahegemónico bajo la lógica de “democratizar la democracia”, como ha planteado Boaventura de Sousa Santos. Igualmente, se argumenta que la creación de un mundo sin hegemonías pasa por la construcción de un proyecto contrahegemónico que abra paso a la expansión más radical de la democracia; en esa lógica, la contrahegemonía en su vertiente de actuar en los espacios estatales es una manera de pasar de la acumulación de fuerzas a la conducción política de la sociedad.

Desde la perspectiva de la emancipación, se enfatiza el papel del Estado como pilar de la dominación. No se trata de darle la espalda al Estado, pues es claro que el Estado es, de muchas maneras, una realidad omnipresente para todos los sujetos sociales. Por el contrario, se plantea una actitud de distanciamiento, de no poner al Estado en el centro de las reflexiones y de las actividades. El Estado es un factor, pero no el primero ni el más importante en la construcción de un proyecto de emancipación social.

Los argumentos más conocidos de esta postura remiten a la experiencia histórica, particularmente clara en este periodo neoliberal, en que las mediaciones estatales se han vaciado de su contenido hasta el punto de parecer ilusorias⁹. La entrega de la soberanía a los poderes hegemónicos mundiales por parte de los grupos gobernantes nacionales ha incidido fuertemente en esta pérdida de medios de acción por parte de los estados latinoamericanos. Así, el desempeño de gobiernos como el de Lula en Brasil o de Kirchner en Argentina, que parecen maniatados y continúan aplicando la agenda neoliberal, apuntalan esta actitud de escepticismo frente a los estados latinoamericanos.

Sin embargo, ello no basta para explicar la profunda inversión de perspectiva que propone el proyecto emancipador respecto del Estado. Otra de las raíces de este posicionamiento es el trabajo, la práctica de (re)conocimiento y de autorreflexión que caracteriza la construcción del sujeto en la vía de la emancipación. Es la síntesis personal y colectiva de lo que el Estado representa en la vida de los colectivos y de las comunidades lo que funda el distanciamiento respecto del Estado.

9 Por ejemplo, los zapatistas afirman que “hay un tiempo para pedir, otro para exigir y otro para ejercer” (Subcomandante Insurgente Marcos, 2003:257) y declaran que todas las puertas del sistema político están cerradas, lo cual lleva su lucha a otro terreno: la construcción de las autonomías: “Acudir a la clase política tradicional como ‘aliada’ en la lucha de resistencia es un buen ejercicio... de nostalgia. Acudir a los neo-políticos es un síntoma de esquizofrenia. Allá arriba no hay nada que hacer, como no sea jugar a que tal vez se puede hacer algo. Hay quien se dedica a imaginar que el timón existe y disputar su posesión. Hay quien busca el timón, seguro de que quedó en alguna parte. Y hay quien hace de una isla no un refugio para la autosatisfacción, sino una barca para encontrarse con otra isla y con otra y con otra” (Subcomandante Insurgente Marcos, 2004).

En esta perspectiva, hay dos cuestionamientos novedosos acerca de la esfera política estatal que caracterizan a los proyectos de emancipación: la ruptura con el pragmatismo realista de la centralidad del sistema político y el repudio al papel divisionista de los partidos. El experimentar las culturas políticas ancladas en el ejercicio del poder conduce a rechazar los espacios y las formas tradicionales de la política, así como a rechazar las separaciones en general (dirigentes-dirigidos; trabajo manual vs. trabajo intelectual, etc.). Entre otros, esos son los argumentos que envían la cuestión del Estado a un segundo plano: es la vivencia cotidiana que envía al *exterior* un factor que en la lucha política y social normal está dentro de los movimientos (véase la forma partido, la forma sindicato).

Esta postura representa una paradoja evidente al interior de la idea de emancipación. Los críticos de esta concepción plantean que al no poderse abstraer de las acciones del Estado, a la emancipación corre el riesgo de volverse funcional a la dominación. Frente a esa crítica, podemos constatar que el proyecto emancipatorio comprende diversas formas y grados de interlocución con los Estados: desde la rabia piquetera por tener que aceptar los planes Trabajar hasta la estrategia zapatista para construir un consenso nacional en torno a los derechos y la cultura indígenas. No existe pues ningún idealismo entendido como pérdida del sentido de la realidad en los proyectos emancipadores en curso.

La pregunta abierta reside en los alcances y las posibilidades de expansión de este modo de resistir. Cuestión que no depende exclusivamente de las posturas adoptadas por los sujetos que encarnan la emancipación, sino del conjunto de fuerzas sociales en liza, y muy especialmente de las contestatarias del orden imperante.

Así, la pregunta de si las formas de autogobierno y autogestión serán capaces de surgir y desarrollarse en contextos más complejos que los que hasta ahora han enfrentado, constituye un desafío crucial para las luchas en América Latina.

La estratificación (social, cultural y económica) tan profunda de las grandes ciudades se alza como un obstáculo infranqueable para las prácticas basadas en el cara a cara. Con todo, los primeros pasos dados en esa dirección parecen alentadores: la organización de la ciudad de El Alto en Bolivia y las experiencias de coordinación entre barrios en Argentina y Uruguay muestran que las formas políticas innovadoras pueden ser reinventadas en el medio urbano.

Acerca del papel que se atribuye al Estado, desde la perspectiva de la emancipación se formulan dos cuestionamientos centrales.

En primer lugar, ¿es verdaderamente el Estado un medio adecuado para asegurar la distribución de la riqueza y los derechos sociales? (Holloway, 2004b). La erosión de los estados como producto de las transformaciones de la producción capitalista y de la desregulación

neoliberal limita fuertemente estas posibilidades reguladoras, de suerte que el problema escapa al ámbito del Estado-nacional dependiente.

Por otra parte, se coincide en que la acumulación de fuerza militar desde el lado del poder hace muy complicada cualquier estrategia que plantee la violencia como primer terreno de enfrentamiento. Por ello, entramos en un conjunto de situaciones paradójicas donde sólo las iniciativas de ruptura pueden permitir la permanencia y avance de las luchas, al tiempo que los niveles de enfrentamiento se endurecen. Las estrategias armadas y las de la resistencia civil y pacífica, separadas, aparecen como completamente insuficientes para enfrentar al poder; algunas de las experiencias históricas parecen lograr avances combinando ambas formas, donde la cuestión de la violencia organizada aparece como autodefensa y sólo en coyunturas excepcionales llega a tomar la forma de acciones ofensivas.

La tercera línea de discusión es la orientación de las alianzas. En este terreno, derivado de lo ya dicho, las diferencias entre ambas ideas son menos claras.

Para la contrahegemonía, las alianzas están dictadas por la construcción unitaria, en una lógica de unidad para la acción y teniendo como horizonte la creación del sujeto capaz de hacer frente a las fuerzas hegemónicas. Hay una individualización de los sujetos que actúan en la búsqueda de un nuevo proyecto hegemónico a partir de sus propias concepciones. En este sentido se observa una simetría entre ambos procesos (hegemonía-contrahegemonía) que buscan crear visiones del mundo socialmente aceptadas, de modo que incluso el proyecto transformador asume una parte de la lógica del poder, en este caso, la lógica de la eficiencia. Esta postura es argumentada como la necesidad de privilegiar el combate contra el enemigo común a las diferencias entre aliados potenciales¹⁰.

10 Para Bartra (2003: 10) la dinámica autónoma debe enlazarse con la contrahegemonía a fin de lograr transformaciones reales: "Al transitar de la independencia política a la autogestión socioeconómica y de ahí al autogobierno, el concepto de autonomía robustece su sentido de alteridad: si en un primer momento es un comportamiento sistémico: un modo insumiso de insertarse en el orden existente; en su forma más acabada es un comportamiento antisistémico, un modo de resistir, construyendo órdenes alternos desde abajo y a contra pelo. Así, de repeler visceralmente la política unánime, se pasa a la contrapolítica y de ahí a la antipolítica; pero siempre en el modo del catalejo: la forma superior lo es en tanto que conserva, trascendiéndolas, las formas anteriores; sin gremios independientes que reivindiquen lo básico aquí y ahora, sin organizaciones autogestivas que operen producción y servicios populares lidiando cotidianamente con Estado y mercado, sin partidos institucionales capaces de impulsar programas alternativos desde la oposición o el gobierno y en todas las esferas; sin ellos no sobrevivirán tampoco las experiencias autonómicas más radicales, laboratorios de altermundismo que miren al futuro pero con los pies bien puestos en el presente. Porque sin posibilismo no hay utopía. Porque es bueno ser realistas exigiendo lo imposible, pero también ser utópicos consiguiendo lo posible aquí y ahora".

Un aspecto poco mencionado pero que resulta crucial por sus consecuencias en el campo de la organización es que las culturas políticas de las izquierdas han adoptado la idea de “necesidad política” como “modo” principal de relación entre los actores sociales. Esta necesidad pone como cuestión central la obtención de resultados y envía a un segundo plano las relaciones que se construyen en la acción social.

Desde la idea de emancipación se busca la construcción de vínculos horizontales y transparentes, basados en la afinidad, por lo que las relaciones con los actores de la política institucional resultan muy complicadas. Sin embargo, en numerosas ocasiones, la necesidad de sobrevivir o la posibilidad de lograr algún avance crucial lleva a buscar alianzas que rompen con la lógica general de la afinidad.

Para la idea de la emancipación este es uno de los terrenos más complejos dado el carácter incipiente de las experiencias que le dan sustento¹¹. La principal dificultad radica en que las alianzas por afinidad pueden desembocar en el aislamiento (y en el extremo, en la aniquilación) de los proyectos emancipatorios, sobre todo en coyunturas donde la política institucional ofrece ciertas oportunidades de cambio (Lula, Kirchner) o al menos de recuperar fuerzas.

Cuarta línea de discusión, el proceso organizativo. El proyecto contrahegemónico propone construir sujetos centrados en la esfera política: partidos, convergencias, gobiernos, coaliciones de estados capaces de enfrentar al hegemón estadounidense. En los marcos de la guerra infinita, se subraya la urgencia de crear “expresiones políticas”, “alternativas viables” que frenen la barbarie de la guerra y abran el camino para el “otro mundo posible”¹².

En este campo, una propuesta crucial y controvertida es la de construir una *vanguardia política*, que se encargue de delinear estrategias, educar a la población y articular fuerzas; ello generalmente implica concentrar los esfuerzos en la construcción de un partido, en el cual,

11 Explicitar este aspecto puede hacerse, por ejemplo, mediante un rastreo de las iniciativas zapatistas y sus alianzas nacionales e internacionales, muchas de las cuales han fracasado o roto la coherencia entre discurso y práctica: en algunas de las iniciativas zapatistas se ha recurrido a organizaciones y personas que no son parte de las luchas sociales contestatarias, sino que figuran entre los actores destacados del sistema de poder de sus países. En términos generales, es importante hacer un análisis de las dificultades del campo popular en prácticamente todos nuestros países, para actuar unificado.

12 Ver Boron (2004) y Sader (2004b), este último, refiriéndose a las movilizaciones en contra de la invasión estadounidense a Irak, argumenta: “Esse extraordinário movimento não conseguiu deter a guerra, seria pedir-lhe muito. Porém, o problema é que essa força não se traduz em força política, organizativa. Temos então uma opinião pública progressista e governos conservadores... Enquanto não se resolver, de uma forma nova, as relações entre essa força social e a política, essa acumulação de forças se perderá, girará em falso” (2004b: 33).

la especialización entre los estrategas y los militantes permite incidir en los acontecimientos políticos, en tanto que la incorporación de las dirigencias sociales a la organización política renueva la vida política y estimula la acumulación de fuerzas. En particular, la vanguardia debe contribuir decisivamente al salto cualitativo de la unidad-unificación de las luchas sociales con las luchas políticas, en tanto está encargada de tareas ineludibles: “pensar estratégicamente los temas, analizar la realidad de la sociedad, hacer proyectos de formación política, todo lo que atañe a una vanguardia” (Sader, 2004a).

Frente a ello, la idea de la emancipación rechaza con claridad la formación de nuevas vanguardias. La construcción de nuevas formas de organización tiene tres ejes: la afinidad, la búsqueda de horizontalidad y las asambleas como espacios de reunificación de la vida social. Estos elementos fundan una forma comunitaria de organización que, a la lógica de la eficacia política, opone la fuerza de los tiempos interiores y el enraizamiento de las ideas de cambio en la cotidianeidad de los actores sociales¹³.

Dentro de su carácter experimental, esta propuesta refiere la unidad de planteamiento y participación, puesto que sólo en la práctica y con la participación permanente de todos será posible construir de otro modo las organizaciones. En este terreno Holloway (2004a) propone que el principio central de la nueva cultura política es el repudio de la sustitución: “fortalecer el impulso hacia la autodeterminación implica rechazar el proceso de sustitución, rechazar el proceso por el cual decimos a alguien: ‘usted tome la decisión por mí’, entonces rechazar liderazgos, rechazar también formas estatales”¹⁴.

13 “En nosotros cuesta mucho más levantar el movimiento como lo estamos haciendo, en forma horizontal, pero también va a costar mucho más destruirlo. Esto va en el sentido opuesto de las concepciones clásicas, de que la conciencia viene de afuera del pueblo, que un grupo de militantes tiene la conciencia real y que esa conciencia llega a la gente y eso permite la transformación. Planteo, a nivel personal, [que] de lo abollada que estaba la concesión [concepción] del mundo y de las políticas cerradas, ortodoxas, salió algo nuevo y no digo que eso nuevo sea bueno, solo es algo nuevo no más” (Solidaridades Rebeldes, 2004).

14 La experiencia de Solano nos da otra visión sobre este proceso: “El asistencialismo es algo que nos ha calado muy fuerte como pueblo, y es una de las rupturas más fuertes que intentamos hacer en estos últimos tiempos: justamente, el sujeto pasivo que necesita del organizador; ya sea de un líder, de un dirigente o de una organización que le solucione los problemas. Uno de los desafíos más fuertes que tenemos es cómo romper con esto. Y si bien nuestros acuerdos, nuestros principios, son la autonomía, la horizontalidad, la democracia directa, la participación, muchas veces hay como una expectativa hacia algunos compañeros, de alguna manera se busca reconstruir el líder, el dirigente y esperar algo de estas personas o de estos grupos; el tema es cómo ir rompiendo con todo esto. Si nosotros decimos que en el movimiento no hay referentes, estamos mintiendo; porque hay personas que por su participación, por los roles que van asumiendo, se convierten por ahí en referentes fuertes. El desafío es qué hacemos con estas referencias, cómo vamos rompiendo con esto, que vayan madurando otros y se vaya haciendo verdaderamente colectivo” (La Fogata, 2004).

Lógicamente, este método introduce un desfase entre los ritmos de la política institucional y los ritmos de la organización de los sujetos transformadores, dando lugar a fuertes presiones y disputas incluso con los potenciales aliados.

Una de las preguntas abiertas más importantes es si las formas organizativas que caracterizan a ambas ideas pueden ser compatibles: de entrada, la experiencia reciente muestra que las formas jerárquicas de los partidos se contraponen a las formas más horizontales y de democracia directa que practican algunos movimientos.

Así, podemos citar el caso del zapatismo que ha intentado prácticamente todo (y lo sigue haciendo) para lograr una interlocución respetuosa y fructífera con las fuerzas políticas y en particular con el PRD (partido socialdemócrata). Esos esfuerzos han revelado que la lógica de la resistencia y la de la política institucional terminan por chocar abiertamente, cerrando las vías de la lucha unitaria.

Bolivia ofrece otro panorama, pues la debilidad del Estado y el largo periodo de crisis generalizada han sido el terreno para la formación de movimientos socio-políticos (García Linera, 2004), es decir sujetos para quien no existe la especialización entre movimientos sociales y organizaciones políticas, de suerte que son ellos quienes actúan directamente en la determinación de la agenda nacional y los diversos aspectos de la gestión nacional, mediante la acción en “el conjunto de los terrenos de lucha: institucionales, gremiales e insurreccionales”.

Más allá de la diversidad de experiencias, tanto la construcción de la unidad de las luchas sociales como la fuerza represiva del Estado como última fortaleza del grupo gobernante siguen siendo obstáculos por superar, los cuales plantean interrogantes fundamentales a los sujetos sociales en cuanto a las estrategias a seguir.

También es crucial la reflexión permanente acerca de la existencia real de la nueva forma de organizarse. Desde la experiencia de los años recientes se ha podido constatar que dentro de los movimientos que reivindican el horizonte emancipatorio existen jerarquías, que el *mandar obedeciendo*, la horizontalidad, son búsquedas, tendencias zigzagueantes, más que realidades asentadas firmemente en las comunidades que les dan vida¹⁵. Frente a estos problemas, los sujetos sociales

15 Zibechi (2004c) describe cómo el arriba y el abajo de los sujetos sociales no taylorizados se conforma y actúa de formas distintas respecto a las predominantes en los espacios políticos institucionales, pero existen, existen esas especializaciones y roles que siguen reproduciendo las jerarquías. Para complicar aún más la discusión, es necesario observar que esas jerarquías en los sujetos que se plantean la emancipación, también pueden ser vistas como barreras, como defensas ante lo externo que hacen posible la experimentación de relaciones no capitalistas al interior de las comunidades. En suma, lo que queremos subrayar es que la construcción de organizaciones de nuevo tipo es sumamente contradictoria.

reivindican la práctica como criterio determinante, puesto que las herencias de la vieja cultura política son muy fuertes y la nueva cultura política corre el riesgo de quedar como un mero discurso. Por ello, es muy importante destacar la insistencia de estos actores en la necesidad de desarrollar la nueva cultura y las nuevas prácticas políticas: acaso el EZLN es quien más ejemplos ha dado en ese sentido al hablar de las obstrucciones que la organización política-militar realiza a las instancias civiles encargadas de construir la autonomía y, en general, al plantear la necesidad de que la lucha de las comunidades zapatistas en colaboración con otras luchas derroten la vertiente armada.

Dentro de esta misma línea de debate existe una discusión importante en torno al proceso de representación.

La resistencia social ha sacado a la luz formas de representación muy distintas a las que imperan en las esferas de la política institucional (parlamento, partidos, sindicatos), que proponen el encargo y el servicio más que el puesto y la representación. Si coincidimos con Bartra en que no hay *organizaciones sin representantes* (2004c), es preciso asumir el legado de la historia política de nuestros países, la cual arroja un saldo desastroso en cuanto a la degeneración de las direcciones políticas y sociales¹⁶.

Es por ello que cobra tanta importancia el aporte de las luchas de los pueblos indígenas del continente, al poner por delante la idea de que el representante es más un vocero, un delegado que debe ceñirse a su mandato, que la rendición de cuentas es esencial para la salud y el avance de la organización. En torno a los ejes de la horizontalidad, el mandato de asamblea, la rendición de cuentas y la rotatividad de los representantes, así como del cuestionamiento radical del individuo-dirigente, se perfila una propuesta organizativa en la cual no hay representantes sino referentes y donde la dirección política deviene poco a poco conducción: una propuesta en la que la vanguardia cede su lugar a la acción colectiva, una propuesta que, vale la pena subrayarlo, no es ajena a las luchas sociales revolucionarias.

¿Hasta dónde es posible resignificar ese aporte e incorporarlo entre las prácticas de las organizaciones políticas? En principio la profesionalización de la política (pilar de la construcción del partido) parece anular las posibilidades de lograr innovaciones radicales que permitan pensar la política como búsqueda del bienestar colectivo y no

16 Este es un aspecto que se debe subrayar, puesto que la pertenencia a un movimiento social no vacuna contra las tentaciones del clientelismo, de la acción burocrática, de la corrupción pura y simple: un ejemplo dramáticamente claro es el de los líderes charros que se encargaron durante más de treinta años de controlar a los trabajadores mexicanos... y de lucrar con ello.

como medio de enriquecimiento. Otras prácticas como la rotatividad, la rendición de cuentas y la limitación del mandato son propuestas que devienen paulatinamente alternativas viables a las formas jerárquicas que caracterizan a partidos y sindicatos.

Una quinta línea de discusión tiene que ver con la dinámica de las luchas. Para el proyecto contrahegemónico, se trata de una dinámica de urgencia, donde los tiempos, la economía y la asignación de las actividades y de las prioridades están marcadas por la correlación de fuerzas antagónicas. Se trata de tiempos urgentes a los cuales los sujetos transformadores deben adaptarse. Las estrategias, los ritmos y las alianzas del proyecto contrahegemónico deben satisfacer exigencias quasi incompatibles: mantener el rumbo estratégico de la lucha antisistémica al tiempo que se responde a las necesidades de la coyuntura. Lo dominante hasta la fecha es que la coyuntura acaba por predominar, desdibujando el proyecto de largo plazo.

Desde la perspectiva de la emancipación, se habla de otros tiempos, de otra visión de lo prioritario en la lucha, donde el acento está puesto en el proceso interno de los sujetos. Esta visión ha sido ampliamente argumentada por los movimientos y organizaciones de raíz indígena y campesina, visión postulada como oposición frontal a la visión capitalista de los tiempos. En el mismo sentido, en diferentes geografías y formas, otros sujetos han comenzado a formular planteamientos similares, donde la cosmovisión de los pueblos originarios es sustituida por la necesidad de recuperar el control sobre la vida inmediata: lo que el discurso del poder califica de desencanto de la política es la preocupación por los tiempos interiores; si eso que aparece como la política no los toma en cuenta, la mirada y la acción se vuelven hacia los espacios propios donde se construyen los medios para la acción colectiva.

Este es uno de los aspectos donde ambas perspectivas chocan con fuerza, pues las posturas contrahegemónicas reprochan con insistencia que los sujetos que no dan respuesta a las necesidades de la coyuntura apuntalan al poder: tanto zapatistas como sin tierra y sectores de los piqueteros han sido calificados como ultras, ilusos, primitivos, reformistas, funcionales al sistema, y un largo etcétera, por no ceñirse a la lógica de los espacios políticos institucionales.

Las concepciones de los tiempos implican elecciones estratégicas contrapuestas y nos conducen de regreso hacia las otras discusiones que ya mencionamos.

Recapitulando estos apuntes, podemos constatar que las reflexiones acerca de las contrahegemonías y las emancipaciones convergen en la necesidad de romper la hegemonía del gran capital y sus agentes locales, así como en la aspiración de construir la más amplia unidad

en torno de esa definición estratégica. Por el contrario, las dinámicas de la organización y de construcción del sujeto transformador implican fuertes diferencias. Y en muchos terrenos particulares, como son la vanguardia, la participación en la política institucional y las elecciones tácticas, esas diferencias tienden a convertirse en contraposiciones abiertas, cerrando vías a la acción unitaria. Intentando concluir con esta enunciación, podemos decir que, tomando en cuenta convergencias y divergencias, el proyecto contrahegemónico privilegia la lucha política, en tanto que la construcción de la autonomía constituye el eje del proyecto emancipador.

A MANERA DE CONCLUSIÓN: UNA HIPÓTESIS PROSPECTIVA

Como se desprende de lo expuesto, la discusión sobre contrahegemonías y emancipaciones está en sus etapas iniciales. La caída del llamado “bloque socialista” y el triunfo del neoliberalismo en escala mundial acabaron con los referentes teóricos y políticos de las izquierdas, de suerte que estamos reabriendo discusiones y planteando nuevas. Tratando de ir más allá del recuento de las posturas que hemos sostenido dentro de nuestro Grupo de Trabajo, en este apartado expongo una idea muy general acerca de los horizontes inmediatos de esta discusión.

Mi apreciación es que los esfuerzos que se realizan actualmente en ambas direcciones están encerrados en callejones sin salida aparente en lo inmediato.

Por lo que toca al proyecto contrahegemónico, a la larga lista de experiencias revolucionarias del pasado (así hayan sido éstas nacionalistas, socialistas, comunistas o libertarias, cuyo desenlace fue la restauración de la dominación capitalista) y de los gobiernos democráticos (en especial la Unidad Popular en Chile), debemos sumar el saldo completamente desalentador de los gobiernos de Gutiérrez en Ecuador, de Lula en Brasil, del PRD en los gobiernos de varios estados de México, así como el titubeante desempeño de Kirchner en Argentina. El recuento de experiencias tan diversas nos permite plantear, al menos como hipótesis, que la construcción de un contrapoder no ha bastado para llevar adelante la edificación de otro mundo.

En esa perspectiva podemos ubicar las situaciones revolucionarias como los momentos más ilustrativos para el tema que discutimos. En efecto, el mayor aporte de las revoluciones socialistas, dirigidas por sólidos partidos comunistas, especialmente las revoluciones rusa y china, fue la destrucción del viejo régimen (sobre todo en sus aspectos pre-capitalistas), pero nunca ofrecieron una alternativa real al modo de producción capitalista ni a la socialidad que se funda en las relacio-

nes mercantiles y de competencia. Socialización de la producción, ética socialista, internacionalismo y otros sentidos de verdad que pudieron constituir alternativas anti-capitalistas fueron vaciados de su contenido emancipador y quedaron como consignas y prácticas legitimadoras de regímenes burocráticos¹⁷.

En el caso de las revoluciones libertarias, esencialmente la revolución campesina en Ucrania entre 1918 y 1921 y la revolución española de 1936 a 1939, se avanzó significativamente en la construcción de nuevas socialidades e incluso en la edificación de nuevos modos de producir la riqueza social, siendo el ejemplo más acabado las colectividades campesinas en territorio republicano y especialmente en Aragón.

En esos espacios que surgen tras la derrota del golpe militar de 1936 por parte de Franco, se recrearon el conjunto de los aspectos esenciales de la vida social: producción, salud, educación, cultura, atención de los menores y ancianos, abastecimiento de los frentes de guerra, autogobierno, federación de las autonomías locales-regionales, y se avanzó en el cuestionamiento de problemas seculares de la lucha social como la situación de la mujer, los límites de la representación, las relaciones y las alianzas entre grupos sociales, etcétera.

A pesar de estos grandes avances constructivos, y de algunas hazañas militares, las revoluciones libertarias sucumben ante la superioridad militar de sus antagonistas y a causa de la derrota histórica que significa de la ruptura del frente contrahegemónico en su seno (makhnovistas contra bolcheviques, socialistas, comunistas, anarquistas y trotskistas, todos contra todos).

En suma, la guerra y la contrarrevolución han logrado revertir en el corto o largo plazo los avances de las revoluciones triunfantes.

De regreso a la actualidad, desde la perspectiva de la contrahegemonía, se constata que la unidad de las fuerzas contestatarias de la hegemonía se ha agotado en los triunfos electorales y/o en el derribo de gobiernos. Los dispositivos neoliberales que se caracterizan por el control del circuito financiero que permite ejercer chantaje fulminantes contra las monedas y los mercados financieros de nuestros países, por la desindustrialización de la estructura productiva acompañada del dominio de las grandes transnacionales, y la altísima concentración del ingreso que crea grupos sociales privilegiados con

17 Dos anti-ejemplos célebres al respecto son las posturas de Lenin (métodos de producción modernos más electricidad igual a socialismo) y de Trotsky (el socialismo vencerá al capitalismo cuando lo supere en la creación de riqueza material), posturas que fundaron la construcción de sistemas económicos y sociales ineficaces y represivos donde el Estado se reveló un pésimo sintetizador de las energías sociales.

gran poder social, vacían de contenido las victorias electorales de las alianzas contrahegemónicas¹⁸. En ausencia de una ruptura con los poderes neoliberales, los gobiernos de “izquierda” dan continuidad a las políticas neoliberales y favorecen la ruptura de la unidad, empujando hacia nuevas decantaciones que debilitan el bloque contrahegemónico frente a los poderes dominantes.

Desde la perspectiva de la emancipación, los avances logrados por los proyectos autónomos no permiten vislumbrar aún una solución de ruptura de la hegemonía capitalista. Dada la fragilidad relativa de estas experiencias (frágiles ante el poder hegemónico), su expansión depende de procesos sociales cuya ocurrencia parece muy poco probable.

Uno de ellos es la expansión paulatina de las autonomías; este proceso enfrenta el límite de la escasa respuesta de los estratos integrados de la sociedad y choca crecientemente con la represión desarticuladora por parte del Estado y de los dominadores. Por importantes que puedan ser estos proyectos, siguen circunscritos a sectores específicos de nuestras sociedades: sus condiciones de posibilidad y su dinámica son ajenos a los sectores más integrados de nuestras sociedades. La tentativa de construir una alianza sólo con los marginados (que, es cierto, son la mayoría de la sociedad) puede llevarnos a los callejones sin salida del pasado. El caso de Venezuela es ilustrativo al respecto: si bien muchas de las medidas del gobierno tienen un carácter progresista, la existencia de un sector social no mayoritario pero que cuenta con importantes reservas económicas y espirituales limita fuertemente el impulso transformador.

El surgimiento de alternativas entre los sectores integrados de nuestras sociedades, proceso que podría abrir espacios a la expansión del proyecto emancipador, parece igualmente improbable. Como lo ha argumentado Zibechi (2004b):

No todos perdieron con el neoliberalismo. Este modelo no beneficia sólo a las elites de cada país; de lo contrario, no podría haberse sostenido durante este tiempo en el que sus principales impulsores ganaron numerosas elecciones con amplio respaldo popular. Este es uno de los cambios sociales más profundos y desgarradores que enfrentamos en América Latina. El mundo del trabajo fue partido en dos por el modelo: una porción minoritaria, pero significativa, conserva sus

18 Boron (2004b) ofrece un balance sobre los primeros meses del gobierno de Kirchner, que constituye acaso la mayor expectativa de un cambio de rumbo en la región, en tanto llegó a la presidencia después del levantamiento popular más importante de los últimos tiempos en el continente. En lo que toca a Brasil, podemos citar los balances de Sader (2004a y 2003) y Stedile (2004). En general, es cada vez más claro que sin ruptura con el neoliberalismo no habrá transformación, al tiempo que las fuerzas claves del proyecto contrahegemónico saben que plantear la ruptura los aleja de los triunfos electorales.

derechos laborales y sociales, mientras la mayoría de los trabajadores, y una porción creciente de las capas medias, fueron empujados a la marginalidad... Uno de los efectos más perversos del actual modelo, es que los que más necesitan romper con él, tienen enormes dificultades para organizarse y hacerse escuchar, mientras los que pueden hacerlo están interesados en mejorar su situación dentro del modelo.

De modo que esos sectores integrados tienen una importante incidencia social y no tienen intereses inmediatos en común con los sujetos sociales actualmente movilizados.

Es muy poco probable que los espacios autogestivos de los sin tierra o de los zapatistas resistan y se expandan en ausencia de movilizaciones de otros sectores sociales y, sobre todo, en ausencia de la construcción de experiencias unitarias que cuestionen la hegemonía capitalista.

Estos factores nos invitan a reflexionar sobre la praxis social transformadora. La pérdida de las certezas es también una oportunidad para inventar nuevas posibilidades; ése es, me parece, el sentido del otro mundo posible que cobija a buena parte del movimiento altermundista.

En esa perspectiva, hablamos más de una heurística de la transformación que de una teoría revolucionaria. Y aventurando una heurística del cambio social por venir, planteamos que la apuesta del proyecto emancipador es la más viable, en la medida en que ataca lo que constituye la base más sólida del dominio del capital: la estratificación social. El triunfo del capitalismo debe ser leído como la destrucción de cualquier otro sentido de verdad y de cualquier otro interés común que no sean los del proyecto hegemónico: de ahí el sitio estratégico que ocupa la comunidad como espacio vital de la resistencia y la construcción de alternativas.

En los marcos del proyecto emancipador, la transformación social tiende a colocar la construcción de comunidades y de lazos comunitarios como su horizonte y apuesta dominante, atendiendo en la medida de lo posible otros objetivos y las urgencias de la coyuntura. Esto es así porque la superación de las relaciones capitalistas demanda prácticas y construcciones sociales que eliminen progresivamente la estratificación social, con el fin de crear márgenes de acción frente a los sujetos hegemónicos. Se requiere construir espacios autónomos que sirvan como referencia para las luchas sociales y, muy especialmente, que sirvan de alternativa al capitalismo de cara a los sectores de trabajadores integrados al sistema. Esta construcción responde a tres necesidades esenciales de la lucha: la creación de bases de sobrevivencia relativamente autónomas respecto del poder; la experimentación de nuevas socialidades alternativas a la socialidad capitalista; la creación progresiva de un terreno común de encuentro y reconocimiento en términos de igualdad con los trabajadores integrados.

Un cuestionamiento central a estas posibilidades de expansión de los espacios autónomos es que se sitúan en la periferia del capita-

lismo, que no atañen a los espacios y los grupos sociales que crean lo esencial de la riqueza en nuestros países:

No se puede generalizar, como se quería antes generalizar la forma de trabajo obrero a todos, hacer lo inverso: creer que es posible crear formas emancipatorias territoriales en los espacios urbanos. Hay que ver ¿por qué no hay eso en espacios urbanos? porque las condiciones de vida, de reproducción del capital, de la vida cotidiana son distintas. Es bueno que estemos creando polos de formas de vida alternativa, pero tengamos claro qué es lo que significa eso respecto al conjunto de la sociedad, no solo de la masa de la población sino en términos también de los que crean la riqueza en términos capitalistas. Hay que pensar eso para no subestimar la relación de fuerzas general en el conjunto de la sociedad a partir de esos movimientos (Sader, 2004a).

Asimismo, es preciso constatar que el desnivel en el grado de desarrollo de las fuerzas productivas entre las iniciativas autonómicas y el capitalismo periférico, abre un inmenso terreno a la contrainsurgencia social por parte del neoliberalismo. Tanto en el caso de las comunidades zapatistas en resistencia como en el de los movimientos de las asambleas barriales y de los piqueteros, los poderes locales y nacionales han emprendido intensas campañas de recuperación de esas experiencias, mediante derramas selectivas de recursos buscando crear interlocuciones respetuosas con actores que en principio se han colocado fuera de la institucionalidad. Y aunque en buena parte de los casos, los sujetos transformadores han rechazado esas ayudas o las han tratado de instrumentalizar en su favor, se observa que la contrainsurgencia ha logrado recuperar, o al menos reblandecer, a los sujetos menos articulados, reestableciendo con ello, la condición esencial para la gobernabilidad capitalista: la división de la sociedad en fragmentos contrapuestos entre sí y que no consiguen un acuerdo en torno a quién es el enemigo común.

Y aún más. Es preciso darle seguimiento a los intentos del poder de instrumentalizar la dimensión comunitaria de las luchas sociales¹⁹. En

19 Como ejemplos destacados de esta instrumentalización de lo comunitario, podemos citar, en primer lugar, las iniciativas actuales del Banco Mundial de combate a la pobreza, donde la idea de ayuda directa a los interesados desmonta las mediaciones sociales estatales y de la organización autónoma, implementando un asistencialismo supranacional. En segundo lugar, la experiencia de Colombia bajo el Plan Colombia y más particularmente durante la presidencia Uribe, ofrece un ejemplo de lo que Caycedo (2004) analiza como modernidad posliberal. Esta modalidad de la dominación se caracteriza por el acercamiento a lo comunitario mediante la política de seguridad democrática. Se asiste a la militarización del estado y de la sociedad; el discurso gubernamental, dictado desde los Estados Unidos, presenta la seguridad como un bien y como un deber ciudadano, en una notable inversión de los términos respecto del enfoque de la seguridad como responsabilidad del estado. Esta nueva

forma paulatina, los agentes hegemónicos caminan hacia lo que Santos llama fascismo societario, un sistema de dominación donde la esfera política se vacía de contenido y donde los dispositivos sociales de contención combinados con fuerzas y prácticas represivas en aumento, desarticulan a los sujetos sociales emergentes, instalando una situación de dominación abierta y de ilegitimidad dentro de los marcos de la legalidad vigente:

En nuestro tiempo, el peligro es el surgimiento del fascismo como régimen societario. A diferencia del fascismo político, el fascismo societario es pluralista, coexiste con facilidad con el estado democrático y su tiempo-espacio preferido; en vez de ser nacional, es a la vez local y global. El fascismo societario está formado por una serie de procesos sociales mediante los cuales grandes segmentos de la población son expulsados o mantenidos irreversiblemente fuera de cualquier tipo de contrato social (Santos, 1998). Son rechazados, excluidos y arrojados a una suerte de estado de naturaleza hobbesiana, sea porque nunca han formado parte de contrato social alguno y probablemente nunca lo hagan (me refiero a los descartados precontractuales de cualquier parte del mundo y el mejor ejemplo es tal vez la juventud de los ghettos urbanos), o porque fueron excluidos o expulsados de algún contrato social del que eran parte (estos son los desclasados poscontractuales, los millones de obreros del posfordismo, los campesinos después del colapso de los proyectos de reforma agraria u otros proyectos de desarrollo) (Santos, 2001: 32-33).

Ante este panorama de grandes dificultades, podemos preguntar hasta dónde las experiencias ciudadanas de la nueva autonomía podrán expandirse y alcanzar la masa crítica para poner en riesgo el capitalismo. Esa es una de las preguntas cruciales para la transformación.

Como contrapunto de lo expuesto, Ceceña (2004c) argumenta que las formas actuales de la dominación capitalista han ampliado los ámbitos de formación de los sujetos y que es preciso tomar en cuenta múltiples dimensiones del conflicto social:

La clase emerge y se construye a partir no sólo de las relaciones o redes de explotación que articulan mecanismos variados (automatización, subcontratación, maquiladoras, trabajo informal, proletari-

concepción de la seguridad legítima la implementación de dispositivos represivos (redadas masivas, sistemas de delación, propaganda intensa en los medios, etc.) que convierten en sospechoso a todo aquél que no coopere con el estado en la lucha contra los terroristas, los narcotraficantes y la delincuencia. Por ello, la experiencia colombiana es un laboratorio de las estrategias societales de los sujetos hegemónicos, las cuales, dicho sea de paso, se parecen cada vez más al fascismo y cuya aplicación no se limita a nuestros países, sino que tiene como terreno de implementación crucial los propios Estados Unidos.

zación intelectual, trabajo a domicilio, etc.) referidos a situaciones, usos tecnológicos o historias distintas como componentes combinados de un mismo sistema global, sino también a partir de las relaciones o redes de dominación extraeconómica, cuya importancia crece en la medida en que la gestión económica pierde legitimidad, pasando por la expulsión, directa o mediada, de crecientes sectores sociales de los espacios de decisión (2004c: 305).

Así, el problema no es tanto la marginalidad de las experiencias autonómicas, como las dificultades para que otros sectores sociales emprendan prácticas similares, por supuesto, similares en cuanto a los métodos pero particulares en cuanto a sus contenidos, que para desarrollarse deben por fuerza, corresponder a la situación de cada uno de los sectores y grupos sociales involucrados.

Hacer frente a ese desafío lleva a cuestionar también los saberes de las izquierdas: la centralidad del Estado, la necesidad de tomar el poder, de construir el partido, son cuestionadas con insistencia en los marcos del proyecto emancipador. En especial, la autonomía plantea que no puede haber hegemonía sin dominación en tanto la hegemonía es una forma de poder homogeneizante. Así, más que construir nuevos sentidos de verdad, se plantea la necesidad de innovar en el terreno de las formas, de los métodos de la lucha y de la construcción de otro mundo, que, recuperando las enseñanzas históricas y las experiencias recientes, deberá dar cabida a la diversidad, al respeto del otro, al surgimiento de valores alternativos a los valores de la sociedad capitalista.

Esta heurística de la transformación se funda además, en el ensayo de muchas pistas que las revoluciones del pasado descuidaron por su visión estratégica, jerárquica, de reproducción de las separaciones sociales en nombre de la eficiencia en la lucha contra el opresor. Por ello, la crítica del patriarcado, las relaciones de género, las de la sociedad con la naturaleza y las relaciones entre comunidad e individuo, constituyen ya, elementos fundamentales del proyecto emancipador...

Finalmente, las cuestiones urgentes que plantea la ofensiva de los agentes hegemónicos, cada vez más agresivos en sus formas de confrontar a los sujetos sociales que les resisten, abre un enorme interrogante sobre las actitudes a tomar. El reflejo es el de galvanizar las luchas, el de fortalecer las organizaciones y los lazos internos, proceso que tiende a volver más difícil la construcción de la unidad. Asimismo, las experiencias de las revoluciones señala la facilidad con que las luchas y las organizaciones sociales se deslizan hacia el militarismo, ahogando así la mayor parte de las potencialidades emancipadoras...

Intento de inicio: todo está por reinventarse pues la Historia no perdonará ninguna certeza...

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Perry 2004 “El papel de las ideas en la construcción de alternativas” en Boron, Atilio (comp.) *Nueva Hegemonía Mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales* (Buenos Aires: CLACSO).
- Bartra, Armando 2004a *Añoranzas y utopías: la izquierda mexicana en el tercer milenio* (México), junio 2. Ponencia presentada en el Seminario América Latina en movimiento de la UNAM-IIEc.
- Bartra, Armando 2004b *Intervención en el Seminario América Latina en movimiento* (México), UNAM-IIEc, grabación.
- Bartra, Armando 2004c Pregunta a Raúl Zibechi en el Seminario *América Latina en movimiento* (México), UNAM-IIEc, grabación.
- Bartra, Armando 2003 “¡Caracoles! Descifrando la Treceava Estela” en *Memoria* N° 176 (México: CEMOS), octubre.
- Boron, Atilio 2004a Sobre el poder y el Estado, intervención en el debate *La toma del poder, su vigencia o no en un proyecto emancipador*, (México), Facultad de Filosofía de la UNAM, grabación.
- Boron, Atilio 2004b “No transformar la impaciencia en un argumento teórico”, entrevista con Claudia Korol en *América Libre*, N° 22 (Buenos Aires), mayo.
- Caycedo, Jaime 2004 Intervención en el Seminario del Grupo de Trabajo *Hegemonías y emancipaciones / Los desafíos de la emancipación en un contexto militarizado* (Bogotá) octubre, grabación.
- Ceceña, Ana Esther 2004a Intervención en el debate libre del Seminario *América Latina en movimiento* (México), UNAM-IIEc, grabación.
- Ceceña, Ana Esther 2004b “Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites” en Ceceña, Ana Esther (comp.) *Hegemonías y emancipaciones en el Siglo XXI* (Buenos Aires: CLACSO).
- Ceceña, Ana Esther 2004c “El zapatismo. De la inclusión en la nación al mundo en el que quepan todos los mundos” en Gómez, José María (comp.) *América Latina y el (des)orden global neoliberal. Hegemonía, contrahegemonía, perspectivas* (Buenos Aires: CLACSO), pp. 301-320.
- García Linera, Álvaro 2004 Intervención en el Seminario *América Latina en movimiento* (México), UNAM-IIEc, grabación.
- Gilio, María Esther 2002 “Jorge Jara y Andrés Fernández, piqueteros del MTD: El poder se construye” en *Página 12*, 14 de octubre, <<http://www.pagina12web.com.ar/diario/sociedad/3-11456-2002-10-14.html>>.
- Holloway, John 2004a Intervención en el debate libre del Seminario *América Latina en movimiento* (México), UNAM-IIEc, grabación.
- Holloway, John 2004b Intervención en el debate *La toma del poder, su vigencia o no en un proyecto emancipador* (México), Facultad de Filosofía de la UNAM, grabación.

- Holloway, John 1997 “La revuelta de la dignidad” en *Chiapas* (México: ERA), N° 5.
- La Fogata 2004 “Reportaje a Neka Jara: MTD de Solano” *La Fogata*, enero.
- Pineda, Francisco 2004 Intervención en el Seminario *América Latina en movimiento* (México), UNAM-IIIEc, grabación.
- Sader, Emir 2004a Intervención en el Seminario *América Latina en movimiento* (México), UNAM-IIIEc, grabación.
- Sader, Emir 2004b “Hegemonía e contra-hegemonía” en Ana Esther Ceceña (comp.) *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI* (Buenos Aires: CLACSO).
- Sader, Emir 2003 *Lula Ano I* en
<http://resistir.info/brasil/lula_ano_um.html>.
- Santos de Sousa, Boaventura 2001 “Nuestra América. Reinventando un paradigma subalterno de reconocimiento y redistribución” en *Chiapas 11* (México: ERA).
- Santos de Sousa, Boaventura 1998 *Reinventar a democracia* (Lisboa: Gradiva).
- Solidaridades Rebeldes 2004 “Entrevista al MTD autónomo de Solano, trabajadores por la autonomía y la dignidad (Argentina)”, 10 de junio, <http://www.solidaridadesrebeldes.kolgados.com.ar/article.php3?id_article=71>.
- Stedile, João Pedro 2004 *Brasil: uma crise de destino* en
<<http://www.mst.org.br/biblioteca/textos/realbrasil/jpbrasil50.htm>>.
- Subcomandante Insurgente Marcos 2004 “El mundo: 7 pensamientos en mayo de 2003” en *Revista Rebeldía* (México: FZLN), N° 7
<<http://www.revistarebeldia.org/revistas/007/art02.html>>.
- Subcomandante Insurgente Marcos 2003 “Hay un tiempo para pedir, otro para exigir y otro para ejercer” en Muñoz, Gloria *20 y 10 El fuego y la palabra* (México: Revista Rebeldía y La Jornada).
- Zibechi, Raúl 2004a Intervención en el Seminario *América Latina en movimiento* (México), UNAM-IIIEc, grabación.
- Zibechi, Raúl 2004b “¿Salir de forma gradual del neoliberalismo?”, en *Solidaridades Rebeldes*, 24 de abril,
<http://www.solidaridadesrebeldes.kolgados.com.ar/article.php3?id_article=62>.
- Zibechi, Raúl 2004c Ponencia en el Seminario *América Latina en movimiento* (México), UNAM-IIIEc.

